



ANUARIO DE DERECHOS HUMANOS

NUEVA ÉPOCA

VOLUMEN 14

IN VARIETATE CONCORDIA

HOMENAJE AL PROFESOR
DR. MANUEL NÚÑEZ ENCABO

COORDINADORES

Cristina Fuertes-Planas Aleix
Fernando Falcón y Tella

INSTITUTO DE DERECHOS HUMANOS

FACULTAD DE DERECHO
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
MADRID

La compasión antijurídica

José Miguel Serrano Ruiz-Calderón
Profesor Titular de Filosofía del Derecho
Universidad Complutense de Madrid

SUMARIO: 1. INTRODUCCIÓN.— 2. INTENTOS DE CAMBIO RADICAL EN LA DEONTOLOGÍA PROFESIONAL.— 3. LA MUERTE DIGNA MÁSCARA DE LA EUTANASIA.— 4. LA PENDIENTE DESLIZANTE.— 5. LA PENDIENTE LÓGICA.— 6. SOBRE LA MORALIZACIÓN DE LA CONDUCTA: UNA NOTA SOBRE MAX SCELLER.

1. INTRODUCCIÓN

Es para mí un honor participar en el merecido homenaje académico al profesor Núñez Encabo, con el que he tenido el honor de compartir docencia e investigación no sólo en el Departamento de Filosofía del Derecho de la UCM sino especialmente en la Sección Departamental de la Facultad de Ciencias de la Información, donde me acogió con generosidad cuando llegaba, casi huido, de Santander. Es notorio, por otra parte, que el homenaje académico adquiere su verdadero valor cuando la admiración esta unida a la discrepancia en las conclusiones. El lector observará, en este sentido, esa discrepancia en mucho de lo que aquí digo.

El mayor reto al que nos enfrentamos en los argumentos que se esgrimen a favor de provocar intencionalmente, en diversas circunstancias, la muerte del paciente, para que sea considerado un acto médico amparado por la ley, es probablemente averiguar si en torno a los razonamientos que definen esta acción no subyace, como en otros casos históricamente comprobables, la extensión de la voluntad de poder. Si se prefiere, la duda surge sobre si, desde la supuesta implantación completa de la libertad individual, no se están introduciendo consideraciones utilitaristas.

Nuestra posición de partida se fundamenta en los principios de igualdad y dignidad de la persona. No buscamos, por tanto, la originalidad; pues se trata de la vía habitual de quienes sostienen que no debe matarse a otro ni aún en los casos extremos en los que se fundamenta la eutanasia en el actual debate social. No ignoramos en este punto que la dignidad es controvertida pero, precisamente por ello, creemos que debe reformularse, pues otras vías alternativas suponen renunciar a un principio que en su realización jurídica desde la Segunda Guerra Mundial ha dado un juego muy notable. Somos conscientes que la dignidad estorba y es objeto de esta intervención desvelar para qué exactamente¹.

La referencia constante en la argumentación radical mayoritaria a los casos extremos es muy reveladora de un problema que puede ocurrir cuando en el debate eutanásico nos centramos en una actitud especialmente moral o de principios. Del caso extremo parece derivarse una solución que se predetermina mediante la aplicación irrestricta de un principio, el llamado principio de autonomía. Sin embargo, la efectiva regulación jurídica debe contemplar la sociedad como es, no tanto como suele describirse en la posición ideológica que recurre reiteradamente al caso extremo.

Un ejemplo tomado de un caso totalmente diferente, donde la posición hacia la dignidad no es determinante, puede ser revelador del problema que enfrentamos.

La escolarización obligatoria, principio que en su momento pareció indiscutido en las políticas de desarrollo, podría combatirse, de hecho, se combate en la actualidad, a través del argumento aparentemente de mayor responsabilidad social de la superior formación que se puede recibir en el hogar por parte de un padre y una madre especialmente dedicados, insatisfechos probablemente por los resultados de sistemas educativos sociales, manifiestamente mejorables. Es más, en no pocas ocasiones, se recurre a invocar el natural derecho de los padres a formar a los hijos. Derecho por cierto que fue la aportación "democristiana" al pacto de posguerra, hoy en día en crisis por la presión de los radicales. Debo señalar, por si fuera necesario, que personalmente admito este principio sin ningún tipo de restricción mental.

Si estudiamos las sociedades donde se ha ido abriendo camino el principio de escolarización obligatoria, hasta el extremo que se ha vinculado de forma acertada al propio derecho-obligación a la educación, ob-

¹ Probablemente a quién estorba más la dignidad es al cientismo, que sencillamente no entiende el concepto y, por cierto, lo está disolviendo. Sobre este asunto, véase Germán ZURRIARÁN, R.: *Células madre: Ciencia, ética y derecho*, Eiusa, Madrid, 2009, 67.

servaremos que la alternativa real a la misma ha sido siempre el trabajo infantil de los grupos sociales desfavorecidos, que en ciertos países alcanza a sectores sociales muy amplios. Desde esta perspectiva, la obligación legal de escolarización adquiere un claro sentido y justificación y permite descender desde los principios hasta la realidad, donde el derecho se incardina en sentido preferente.

Es más, en determinados momentos, estrictamente en los debates sociales de la segunda mitad del siglo XIX, tenemos casos en los que se puede hacer un uso espurio de una invocación a la libertad individual. Piénsese, por ejemplo, en la negativa a la aplicación de la limitación de jornada laboral en nombre de la libertad de trabajo o contratación. Toda una rama del Derecho, como es el Derecho del Trabajo, parece fundamentarse en la negación de esa hipócrita llamada a la libertad. Lo mismo sucede con la supuesta libertad a contratar un préstamo usurario, la ridícula libertad a venderse a uno mismo, la de vender órganos o sangre u óvulos y otras muchas por el estilo. Siempre puede invocarse un supuesto principio y siempre puede contradecirse con la prudencial apreciación de lo que sucede.

En la actualidad este tema de la libertad manipulada ha aparecido de nuevo en torno a las relaciones sexuales. Si atendemos a los razonamientos ideológicos de los pederastas, estos suelen referirse, con éxito por cierto en determinadas asociaciones de derechos civiles como la estadounidense, a la libertad sexual del menor y a los beneficios de la iniciación sexual con adultos.

Además, la invocación a la libertad tiene mucho de retórico en nuestros tiempos. Esto se expresa fundamentalmente cuando se modifica, de forma radical, una argumentación que se basaba en principios que eran más aceptables en el pasado, pero que ahora resultan discutibles. Esto es lo que ha sucedido en la eutanasia tal como denuncian autores críticos como L. Kass².

Veamos otro ejemplo, igualmente alejado de la eutanasia. Voy a referirme a la prostitución, sin ánimo de determinar en esta intervención si me parece correcto el actual régimen, prefiero otro restrictivo o me inclino por la legalización efectiva. Resolver esto nos llevaría a toda una ardua discusión donde, desde un punto de vista prudencial, no tengo claro cual sería la política legislativa más adecuada.

Nuestros antepasados más recientes han argumentado sobre esta cuestión desde varias premisas. Una de ellas es la de la inevitabilidad de la práctica. Desde ahí se aducía la necesidad de la tolerancia de la

² LEON, K.: *Life, liberty and human dignity*, Encounter Books, San Francisco, 2000.

prostitución por razones tanto sanitarias como de control público de la actividad, incluyendo las consideraciones financieras. De hecho, ese parecía el criterio del Ministerio de la Gobernación cuando se objetó la prohibición que se instauró en España en los sesenta. Sin embargo, nuestros antepasados no fueron capaces de argumentar sobre la prostitución desde la perspectiva de la libertad de la prostituta. Podríamos pensar que esto era así en cuanto no lo consideraban en absoluto un argumento relevante, pero sería más caritativo para con ellos pensar que desde la realidad conocida de la prostitución les resultaba hipócrita referirse a la supuesta libertad de las practicantes del oficio. La paradoja se hace muy relevante en nuestros días, cuando la evidencia de una trata internacional de mujeres se combina con un discurso sobre la libertad de la prostituta que puede calificarse como cínico.

2. INTENTOS DE CAMBIO RADICAL EN LA DEONTOLOGÍA PROFESIONAL

Desde una perspectiva deontológico profesional, la novedad que se propone con la eutanasia y el suicidio médicamente asistido rompe una de las limitaciones de la acción médica que existe, al menos en la formulación teórica, desde el juramento hipocrático.

No creo que sea muy revelador discutir, como se hace en la reciente literatura estadounidense, cual es el carácter del famoso juramento, si era un mínimo compromiso ético de una determinada escuela, si fue "bautizado" para presentar una "alternativa" ética cristiana o si es un resto tradicional que debe superarse ahora que superamos tantas cosas. Estos argumentos han sido utilizados por el doctor muerte Kevorkian para lanzar una nueva especialidad médica, la obitatria, es decir, la sociedad médica o especialidad dedicada al homicidio de pacientes. (Evidentemente el ocuparía la posición del Pasteur del nuevo engendro). H. Thomas considera que en ese momento los médicos abandonan su posición ética para convertirse en una profesión mercantilizada, a Hipócrates por Kevorkian³.

El caso es que la limitación del médico de matar, incluso a quien se lo pide, es un mandato deontológico que parece cumplir los verdaderos parámetros de una deontología que no oculte principalmente un interés corporativo. Se trata de una severa limitación de un poder. Si se quiere

³ THOMAS, H.: "De Hipócrates a Kevorkian: ¿Hacia donde va la ética médica?" En *Imago hominis*, Institut für Medizinische Anthropologie und Bioethik, Wien, vol. VII, n. I, 2000, pp. 49-58.

de la resistencia a una tentación nada dulce pese a su nombre. Esto es, a juicio de L. Kass, la forma de diferenciar una norma deontológica de cualquier otra cosa⁴.

En efecto, la deontología está siempre afectada por la mancha del interés corporativo. Quiero decir, para evitar malas interpretaciones, que no creo que esto sea más característico del médico que del abogado o del financiero. Sin embargo, es cierto que de forma similar a como ocurría en los gremios medievales, tan idealizados a veces, una aplicación fundamental de la deontología, que la ha hecho tan sospechosa, como algunas éticas aplicadas como la propia ética de los negocios, es la protección de los profesionales y la severa limitación de la competencia y la intervención legal. En este sentido, debe observarse que el abandono del principio hipocrático según el cual no debe matarse al paciente, aunque nos lo pida, supone la toma por parte del médico de un poder que antes se le negaba. De ahí la acertada pregunta de Kass al conjunto de la sociedad: ¿Quiere usted que su médico tenga autorización para matarle?⁵

3. LA MUERTE DIGNA MÁSCARA DE LA EUTANASIA

La eutanasia ha sido rebautizada como muerte digna. La razón parece ser la vinculación de su auge con la ideología totalitaria nazi, tal como ocurre también con la eugenesia. No puede sorprender que ambas hayan estado en idéntica situación de crisis y tengan una recuperación similar, previa indudablemente en la eutanasia. Es cierto, como indica un autor tan libre de sospecha como L. Strauss que la argumentación *ad hitlerum* es tan pobre como la reducción al absurdo de una determinada postura⁶. Esto significa que aun cuando el régimen del Tercer Reich es odioso eso no implica que se pueda atacar, por ejemplo, la construcción de autopistas, la extensión de las pistas deportivas o incluso la música

⁴ KASS, L.: "Why doctors Must not Kill?" En UHLMANN, M.: *Last Rights? Assisted suicide an Euthanasia debated*, Ethics and Public Policy Center, Washington, 1998.

⁵ Este proceso está marcado fundamentalmente por la modificación moral que traen consigo las bioideologías que extienden una consideración narcisista y adaptativa a las circunstancias de cualquier limitación moral. En este sentido in extenso, véase NEGRO, D.: *El Mito del hombre nuevo*, Encuentro, Madrid, 2009, pp. 247 ss.

⁶ Como indica refiriéndose a la conexión innegable entre el que consideraba el mayor filósofo del siglo XX y el nazismo: "Cuanto más entiendo a qué apunta Heidegger, más advierto cuanto se me escapa todavía. Lo más estúpido que podría hacer sería cerrar los ojos o rechazar su obra", STRAUSS, L.: "Una introducción al existencialismo de Heidegger", en *El renacimiento del racionalismo político clásico*, Amorrortu, Buenos Aires, 2007, p. 85.

de Wagner por razón de que se practicaron o extendieron durante el régimen nazi y aún cuando el escuchar la última genere unas ganas incontenibles de invadir Polonia en el sarcasmo de W. Allen. Me atrevería a más, la calidad de Céline o de Junger no se ve afectada desde mi punto de vista por la condición de colaboracionista de uno, o la de gerente de agitación cultural nazi en París. No pretendo, en consecuencia, recurrir a ese truco. Mas bien me interesa, como ocurre con la eugenesia, apreciar si las diferencias entre los efectos reales de la eutanasia liberal (que sería la holandesa de los noventa) y la totalitaria (la alemana de los treinta) son tan relevantes como para no tener en cuenta los efectos observables en aquel antecedente histórico, como suele hacerse en toda discusión realmente jurídica. Esta última debe evitar el recurso de arrojar principios, unos con la autonomía, otros con la dignidad, unos con la posición sedicente laicista, otros con la argumentación pretendidamente religiosa.

Es notorio, por supuesto, que las diferencias entre un régimen totalitario y cualquier otro afectan a cualquier realidad que consideremos, desde la propaganda a la educación, pero también es cierto que regímenes democráticos pueden deslizarse hacia unos efectos semitotalitarios a poco que no estemos atentos.

Quienes pretenden diferenciar radicalmente la eutanasia liberal de la totalitaria se basan en dos elementos relevantes y a su juicio decisivos. Uno es la motivación del acto, otro la inserción de uno en una política de Estado totalitaria, mientras que la eutanasia liberal sería absolutamente individual.

En cuanto a la primera motivación, la ideológica, conviene precisar que las diferencias, aun siendo importantes, no afectan al nudo de la cuestión, pues tanto en el caso de la eutanasia como en el de la eugenesia, la preocupación principal hace referencia al concepto de vidas carentes de valor vital, lo que indudablemente se expresa con claridad y crudeza en el caso del totalitarismo, mientras se oculta más en el caso de la eutanasia y eugenesia liberales⁷. A este respecto sería conveniente hacer otras matizaciones. Así, aún cuando el libro de K. Binding y A. Hoche, que se considera la pieza clave de la argumentación eutanásica del pasado, fuera extraordinariamente crudo, no es un libro nazi, por mucho que con posterioridad Hoche se integrase en el partido nacional socialis-

⁷ Describiendo el aborto, Ann Farmer ha descrito con acierto la influencia eugenésica oculta en el proceso de legalización y las concomitancias históricas entre eugenistas "liberales" y el eugenismo totalitario. Véase FARMER, A.: *By their fruits. Eugenics, population control and the abortion campaign*, The Catholic University of America Press, Washington, 2008, pp. 111 ss.

ta obrero alemán⁸. Además, la argumentación proeutanásica nazi de carácter exotérico, es decir, la que se manifestaba en los órganos de propaganda hacia el exterior, era claramente humanitarista y no muy diferente de la que estamos viendo en la actualidad, tal como recoge I. Kershaw en su biografía de Hitler⁹.

En cuanto a la actuación estatal es indudable que el grado de movilización totalitaria es enorme y la aplicación de sus principios brutal, pero me atrevo a aventurar que entre la acción coordinada del partido y el supuesto universo de decisiones absolutamente libres existiría un tercer género en el que la política de Estado, denominada sanitaria, y la presión social permiten albergar dudas sobre la supuesta autonomía del acto de autorización a matar.

Las dudas se aclararían con tres argumentos ya esbozados en la discusión de los últimos años. Uno es el de la pendiente deslizante lógica formulado por Keown, otro es el de la moralización de la conducta que se ve completado por el del resentimiento que expresó en su momentos M. Scheler¹⁰, el tercero es el de la efectiva presión social en el acto pretendidamente autónomo.

4. LA PENDIENTE DESLIZANTE

La pendiente deslizante es un argumento moral muy utilizado en el área jurídica. En otras sedes hemos reconocido que es un argumento sujeto a sospecha, en cuanto en su virtud no podría discutirse una determinada reforma, sino otra cosa teóricamente relacionada, pero no directamente implicada en la primera propuesta. Así podría argüirse que, desde la teoría de la pendiente deslizante, tendemos a discutir sobre la eutanasia involuntaria en vez de sobre la eutanasia voluntaria, lo que no sería correcto.

Es así como la pendiente deslizante, llamada de hecho, es problemática. Recuérdesse que, según esta forma de argumento de pendiente deslizante, una determinada reforma legal provocaría un efecto por deslizamiento. Para comprobar este hecho bastaría atender a lo que ocurre en otras legislaciones similares y antecedentes históricos. Podría argumentarse, con sentido, la inclusión de una cláusula de revisión en atención a

⁸ BINDING, K., HOCHÉ, A.: *Die Freigabe der Vernichtung lebensunwerten Lebens*, verlag von Fielen meiner in Leipzig, 2ª ed., 1922.

⁹ KERSHAW, I.: *Hitler, 1936-1945*, t. II, Península, Barcelona, 2000, p. 264.

¹⁰ SCHELER, M.: *El resentimiento en la moral*, Caparrós editores, Madrid, 1993.

los efectos, lo que por cierto no existe en ninguna de las legislaciones radicales aprobadas en los últimos decenios. Esta cláusula, sin embargo, es ilusoria por dos razones: en primer lugar, como hemos apuntado, la discusión sobre los efectos ocasionados no suelen ser sinceras, piénsese en la enorme polémica en torno al informe Rummelink sobre la eutanasia en Holanda. Además existe un curioso proceso de huida hacia adelante por el que el fracaso en una determinada línea de actuación se contagia con una llamada a un intensificación del "tratamiento", que no se habría aplicado con suficiente contundencia, como ocurre en la denominada interrupción voluntaria del embarazo o en ciertas reformas educativas.

El argumento sobre la pendiente fáctica se vería, sin embargo, reforzado de la siguiente manera. Habida cuenta de un efecto anterior en el tiempo suficientemente probado, por ejemplo, un aumento de los robos tras una amnistía, el proponente tiene la carga de la prueba de asegurar que el efecto no se produce en la nueva reforma. En bioética, por ejemplo, este caso se explicita en el denominado principio de precaución que fue formulado por H. Jonas. El riesgo de determinadas acciones es tan notable y los efectos tan irreversibles, piénsese en la manipulación genética, que el proponente debe probar que no se producirán los efectos perniciosos.

Lo que viene ocurriendo es, sin embargo, distinto por la combinación del caso extremo y la aplicación moralista de principios. Tal como ha señalado L. Kass la carga de la prueba parece dirigirse hacia quien sostiene una determinada legislación en vez de sobre quien propone la reforma. G. K. Chesterton ilustró esta situación ya en el primer tercio del siglo veinte cuando afirmaba la paradoja de que el hombre tradicional jamás destruiría un dique sin saber estrictamente para qué sirve, mientras que el hombre actual lo derrumba exactamente en cuanto desconoce su utilidad¹¹.

Así parece que puede ponerse en cuestión una ley que durante toda nuestra memoria jurídica ha prohibido la eliminación de personas por los médicos y la carga recaería en quienes por prudencia, entre otras razones, sostienen que el riesgo para la protección de la vida se hace insostenible.

Una dificultad que no debe desdeñarse, sin embargo, es la necesidad que existe en nuestra sociedad, y que ha señalado entre otros Y. Levin, de justificar racionalmente, con una racionalidad supuestamente com-

¹¹ CHESTERTON, G. K.: "El carácter indómito de la vida doméstica" en SILVA, A.: *La recopilación "El amor o la fuerza del sino"*, Rialp, Madrid, 1993, p. 71.

partida, cualquier posición que se sostenga socialmente. Sólo eso permite el debate y la formulación de posiciones racionales. Por esta razón, se producen dos efectos sobre los que ha tratado el norteamericano. Por un lado, no puede recurrirse por más tiempo al argumento de que hay que mantener algo en cuanto ha sido así desde siempre. En cierta forma nos encontramos en un momento socrático racionalizado donde no puede haber referencias a lo aparente y apenas a lo convenido¹².

Por otro lado, lo que Levin caracteriza como la derecha se ve sometida a una tensión notable. Así, al menos en su versión norteamericana, una posición derechista o republicana social tendría enormes reticencias a sacar a la arena pública discusiones sobre reproducción, final de la vida o sexualidad¹³. Pero debido a las características de la época se ve forzada a ello, pues no existe posibilidad de construir consensos que no lo sean desde una racionalidad común. Evidentemente, la cuestión podríamos complicarla, de hecho se encuentra complicada, si aceptamos las conclusiones de A. MacIntyre sobre las dificultades de la denominada racionalidad común cuando se trata del enfrentamiento entre tradiciones morales.

Pero la contradicción a la que se ve forzada la derecha en las actuales circunstancias no puede ocultarnos la contradicción de la izquierda que afecta, por un lado, a su autoconsideración como el partido de la ciencia, en esta época de tantas sospechas sobre la misma, a partir de la crisis ecológica. La sospecha sobre la ciencia acompaña a la desconfianza sobre las relaciones de poder. En este sentido, el comportamiento hacia varias cuestiones ligadas a la eutanasia es igualmente desconcertante. La eutanasia supone que se otorga un poder donde antes no existía. Un poder aplicable sobre personas especialmente dependientes, como son los enfermos en fase más o menos avanzada, pues la aplicación de la eutanasia exclusivamente a terminales es como mínimo equívoca. Quienes aplican el poder son personas que se encuentran en condiciones de superioridad y cuyos intereses no son siempre claros. Vease a parientes que cargan con los dependientes (cuyo ejemplo más terrible es el caso de Terri Schiavo), compañías de seguros a las que la salida eutanásica beneficia objetivamente (lo que ha producido ya pleitos en Estados Unidos), jefes de servicio en trance de agilizar el funcionamiento de los hospitales (hasta el extremo que vimos en el Severo Ochoa de Leganés), jueces que recuperan objetivamente su viejo poder de vida y muerte

¹² LEVIN, Y.: *Imagining the future, Science and American Democracy*, Encounter books, New York, 2008, p. 115.

¹³ LEVIN, Y.: *op. cit.*, p. 116.

(como en el caso de Eluana Englaro) o sencillamente médicos que imponen su criterio de forma "suave" en una reedición del paternalismo.

5. LA PENDIENTE LÓGICA

J. Keown no se detiene en la denominada pendiente deslizante fáctica sino que también define la que denomina pendiente deslizante lógica, a su juicio más reveladora de la verdadera evolución de la eutanasia¹⁴.

La pendiente lógica se refiere a los efectos lógicos de la legalización de la eutanasia desde los presupuestos de la despenalización concreta que se produce entre nosotros. Sabemos que la justificación se basa en la autonomía, pero conviene recordar que no es factible que se autorice el homicidio de toda persona que pida morir. En primer lugar, esa opción dejaría vacía de contenidos la indicación terapéutica de tratamiento del suicidio desde el punto de vista psiquiátrico y además, cosa en la que no se insiste lo suficiente, hace caso omiso de dos datos fundamentales.

Uno es que la inmensa mayoría de los intentos suicidas son equívocos en cuanto están asociados a enfermedad mental o drogodependencias. Así lejos de encontrarnos ante un conjunto de racionales suicidios filosóficos, normalmente nos encontramos ante síntomas de enfermedad mental. Además, el intento fallido presenta severas dudas pues permite abrigar sospechas sobre "la verdad" o "sinceridad" del intento suicida. De hecho, uno de los argumentos fundamentales contra la sustitución de la acción propia mediante el suicidio asistido es que quien efectivamente no es capaz de suicidarse realmente no quiere suicidarse¹⁵.

Pero es que además, y este es el segundo dato, la sociedad no parece dispuesta a modificar sin más su actual posición sobre el suicidio, parece que intenta evitarlos como una auténtica epidemia, como en los suicidios adolescentes, y que además intenta que la acción médica recupere a los suicidas, lo que es contradictorio con el supuesto argumento de la autonomía. A ello se une una razón de política criminal por la que el riesgo de atender cualquier petición de muerte radica en que se esté aceptando que se incite o se manipule para realizar homicidios efectivos que ni siquiera los más eutanásicos apoyan.

¹⁴ KEOWN, J.: *Euthanasia. Ethics and Public Policy. An argument against Legalization*, 1ª ed, 3ª reimp, Cambridge University Press, Cambridge 2005. He desarrollado el argumento in extenso en SERRANO RUIZ-CALDERÓN, J. M.: *La Eutanasia*, Eriusa, Madrid, 2007, pp. 84 ss. y pp. 281 ss.

¹⁵ El impacto de una medida como la eutanasia en relación con el suicidio ha sido especialmente analizado por el psiquiatra estadounidense H. HENDIN en su obra *Seducidos por la muerte*, Planeta, Barcelona, 2009, pp. 173 ss.

De hecho parece que el argumento suicida se introduce en la eutanasia de forma sesgada, casi manipuladora, ocultando otra realidad que subyace a todo el proceso. Así, tal como describe Keown, la eutanasia incorpora una valoración social objetiva por la que se considera que determinadas vidas, aquellas cuyo deseo de muerte se atiende, no merecen la pena ser vividas. Desde la situación indigna, que se define en el relato de las eutanasias, se articula la muerte digna, que puede definirse como la muerte indicada o si se prefiere como la indicación médica de muerte, esto es, de homicidio intencional, sea por acción o por omisión de un medio proporcionado.

La definición de vidas que no merecen vivirse, vidas cuya única salida inmediata es la denominada muerte digna o, si se sigue la vieja definición de A. Hoche y K. Binding, de vidas carentes de valor vital, se constituye en un elemento definidor de la eutanasia. Es decir, pertenece a su definición. Y es en este contexto donde podemos describir la denominada pendiente lógica. Si definimos la muerte como un bien para ciertos sujetos, no parece razonable negárselo en primer lugar a las personas en estado vegetativo persistente que no pueden expresar su voluntad, tampoco podemos prescindir de este bien respecto a menores, sobre todo recién nacidos, o dementes en fases avanzadas de enfermedad o en general a incompetentes (en el sentido del consentimiento informado) para los que es indicada la eutanasia.

Dicho de otra forma, siendo la indicación eutanásica un componente lógico de la definición de este homicidio, lo normal es que se extienda desde la eutanasia voluntaria a la denominada no voluntaria, es decir, a la de aquellos que no pueden mostrar su consentimiento. Pero esto, evidentemente, no tiene que ver con la autonomía ni con el derecho propio a la muerte digna, sino con el hecho de que para determinados sujetos el único tratamiento digno es la eutanasia.

Los casos de comas vegetativos persistentes son ilustrativos de este fenómeno. La justificación de la eutanasia que no se denomina así en la jurisprudencia estadounidense se fundamenta en que un sujeto puede renunciar a un tratamiento propio por ser excesivo o gravoso. Ahora bien, quienes se encuentran en estado vegetativo persistente se caracterizan por no poder renunciar a nada. De tal forma, o la renuncia se remite a una testamento vital, ausente en la mayoría de los casos, o bien el recurso a la autonomía es un sofisma. Para justificarlo, quienes quieren la deshidratación del paciente, por las causas que sean, entre otras la fuerte presión y desgaste que ocasionan estos casos, suelen remitir a supuestos o reales comentarios previos de quien en forma alguna ha manifestado una opinión jurídicamente relevante, ni puede manifestarla.

En el caso Schiavo esto es muy claro, un mero comentario, supuestamente pronunciado al visitar un hospital, y recordado por algún testigo más o menos interesado, sustituye a la manifestación de voluntad. Como es evidente que no hay juez tan torpe que de relevancia a esto, la conclusión es que el propio juez sustituye el criterio del interesado y resuelve que lo mejor para él en este estado es la muerte. Como vemos pura pendiente lógica. Esto es grave, pues para mantener la ficción de que asistimos a una mera interrupción de un tratamiento desproporcionado se condena al paciente a morir deshidratado, tras un proceso prolongado que, en algún caso reciente, se ha abreviado mediante el procedimiento de afirmar que, aún cuando el paciente no sufre, es indicado suministrarle una dosis desproporcionada de *valium*.

La pendiente lógica tiene más contundencia que la mera pendiente fáctica en cuanto predice que, dadas las circunstancias de legalización de este tipo de homicidios, la extensión a los no voluntarios es inevitable y no hay forma de acotar la eutanasia en su supuesta justificación autónoma. Es más, siguiendo a Kass podemos deducir que la autonomía es mera máscara de una conclusión presente desde el inicio del proceso eutanásico en los años veinte. Dadas las circunstancias de determinadas personas, lo mejor que se puede hacer es matarlas.

6. SOBRE LA MORALIZACIÓN DE LA CONDUCTA: UNA NOTA SOBRE MAX SCHELLER

Hemos considerado que se autoriza la eutanasia a quien la solicita o que se aplica a quien no puede manifestar su voluntad, en cuanto realizamos una valoración jurídica por la que se considera que lo mejor en esos casos es matar. Teniendo en cuenta el carácter educativo de la ley, su pretensión directiva de conductas, es hipócrita pensar que la autorización de matar en ciertas circunstancias se limita a ofrecer una libertad. Incluso, hemos sostenido que resulta extraña tanta defensa de la autonomía de los menos autónomos o de la independencia de los estrictamente dependientes. El mensaje parece claro. Ciertos dependientes, a los que la vida se les hace gravosa reciben el mensaje de que lo mejor que pueden hacer es morir. La propia asignación de recursos se ve afectada, pues es indudable que esos dependientes consumen enormes cantidades de bienes públicos y privados. Este consumo de recursos que queda injustificado desde la propia indicación eutanásica está, por otra parte, en la base del desarrollo de la eutanasia, tanto de la vieja, ahora denostada, como en la nueva.

Esta es la postura, por ejemplo, de R. Dworkin que utiliza el argumento del coste, frente a lo que denomina irracional postura religiosa¹⁶.

La cuestión es grave pues la regularización de la eutanasia como conducta indicada, que es mi tesis, o al menos como tentación para quien se enfrenta con el grave estado de la enfermedad propia o de quien depende de nosotros, genera el fenómeno del resentimiento tal como lo describe M. Scheler en su argumento de la casquivana.

En efecto, no bastará caracterizar la conducta eutanásica, como una excepción ante determinados casos, más bien, se definirá la conducta como la correcta mientras se desvaloriza la acción de quien sostiene o saca adelante al severo dependiente. No se aceptará que la acción iniciada es más débil o menos moral que la excepción moral, sino que se indicará que eso es lo razonable. Es razonable y correcto deshidratar al vegetativo persistente, o aplicar el homicidio al recién nacido severamente discapacitado. Es lo razonable y correcto tirar la toalla en el caso del tetrapléjico e irracional gastar los recursos que exige su mantenimiento. En este sentido, es muy revelador el debate entre Sampedro y Romañach, ambos tetrapléjicos, en torno a la imposición de una imagen exterior e interesada sobre el propio tetrapléjico.

Sampedro sostenía que era víctima de un complot estatal y religioso que caracterizaba su vida como posible cuando ya era imposible. Romañach, por el contrario, denuncia que Sampedro no sólo define su tetraplejía sino todas las tetraplejías como indignas de ser vividas y, en consecuencia, proyecta la imagen del normal sobre una vida a la que no le encuentra sentido. Dicho de otra forma, aceptar la tesis de Sampedro supone extender una opinión sobre la tetraplejía y otras discapacidades que objetivamente actúa contra los tetrapléjicos y discapacitados¹⁷.

Si se piensa que exagero me permito remitirme a lo que está ocurriendo con el aborto eugenésico. El discurso de partida era que se despenalizaba en cuanto no se podía exigir a todo el mundo el "heroísmo" de dar a luz y mantener al severo dependiente. Pero este es el argumento con el que se soslayó la naturaleza brutalmente eugenésica de esta forma de aborto. La realidad actual es distinta. De forma creciente se define la opción de sacar adelante el embarazo de grave riesgo como

¹⁶ DWORKIN, R.: "Do we have a Right to die?", en UHLMANN, M. (ed.): *Last Rights? Assisted Suicide and Euthanasia Debated*, op. cit., p. 81.

¹⁷ La posición de Javier ROMAÑACH se encuentra definida en el muy recomendable artículo, "Los errores sutiles del caso Sampedro", *Cuenta y razón del pensamiento actual*, 2004, 135. En cuanto a SAMPEYRO, véase por ejemplo sus "Cartas desde el infierno", 10ª ed., Planeta, Barcelona, 2005.

irracional e incluso insolidaria. Quien cede a la tentación de la salida más fácil e incluso quienes la patrocinan deben, por resentimiento similar al del inmoral respecto al moral que caracterizaba Scheler, definir la conducta moral como inmoral y desacreditar a quien la lleva adelante. Como el poeta Arquíloco que no se limita a justificar su aparente cobardía, su cesión del escudo se justifica definiendo a quien muere aferrado a él sin huir como una auténtico imbécil, un sayón lleva su escudo, pues que le aproveche. Lejos esta el valor cívico que se expresaría en la frase "sobre él o con él" de los espartanos.

Nuestro Estado ha caracterizado determinados embarazos como de riesgo e impone de forma suave pruebas como la amniocentesis que implican un riesgo de aborto, y coloca a quien recibe la noticia ante la salida razonable de la interrupción de su embarazo. No es exagerado adivinar un proceso similar en la eutanasia, que puede definirse desde el creciente abandono terapéutico, pasadas ciertas edades, a la transformación de la sedación paliativa en la denominada sedación terminal que con tanta eficacia se ha aplicado en algunos de nuestros hospitales aún sin reforma legislativa. Recuérdese que, en algún caso reciente esta opción fue indicada desde la jefatura de servicios, no fue sometida a ninguna de las formas de control democrático, no tuvo en cuenta ni por asomo la opinión de pacientes o algunos familiares y se parapetó en la vieja superioridad del médico y en el grave desconcierto en el que se encuentra sumido quien acude a un servicio de urgencias. Finalmente, la práctica resulta impune en nuestra legislación y hay sospechas de que puede alzarse como conducta indicada sin apenas debate social.

Lo irónico y lo manipulador es que esto se haga en virtud de la autonomía del paciente, al que se presenta el hecho de su muerte causada por un tercero como una nueva y revolucionaria libertad.